

idea; lo que ahora tenían á la vista era aun mas espantoso; así es que lamentaban amargamente el momento en que trocaron los toscos campos de Cuba, por estas regiones habitadas por caníbales, y maldecían de todo corazón la hora en que acudieron locamente al llamamiento de Velazquez, y aun mas, aquella en que se alistaron bajo la bandera de Cortés. <sup>1</sup>

Pedían con ahinco y con violencia que se les sacase de la ciudad, y sobre todo, de aquella fortaleza en la que estaban amontonados como rebaño de ovejas, en espera de que llegase el momento de la matanza. Contrariábanles los subordinados y aguerridos soldados de Cortés, que habiéndole acompañado en sus días de gloria, no querían abandonarle en los de adversidad, y que conocían claramente, por otra parte, que la única esperanza que les quedaba en aquel conflicto estribaba en la unión y la disciplina, y que aun esto mismo les serviría de poco si militaban á las órdenes de otro caudillo que no fuese Cortés. <sup>2</sup>

1 "Pues también quiero decir las maldiciones que los de Narváez echaban á Cortés y las palabras que decían, que renegaban dél, y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba, y estaban embelesados y sin sentido." Bernal Díaz, ubi supra.

2 No obstante esto, en la petición ó carta de Veracruz dirigida por el ejército al emperador Carlos V, después de la conquista, se alega como el principal motivo para haber abandonado la ciudad, la oportunidad de los soldados: Carta del ejército, MS.

Urgido por los sitiadores fuera de la plaza y por los sediciosos dentro de ella, no desmintió el general su carácter. Un hombre vulgar, en circunstancias tan críticas, habría desfallecido; pero el alma bien templada de Cortés, desplegó todos sus recursos de acción. Cortés reunía á la mayor serenidad, sangre fría y perseverancia en sus propósitos, un espíritu emprendedor verdaderamente romanesco. Su presencia de espíritu no le abandonó: contempló tranquilamente su situación y pesó las dificultades que le rodeaban, antes de tomar ninguna resolución. Además de que era muy peligrosa una retirada á la vista de un enemigo valeroso y vigilante, lastimaba su orgullo abandonar una ciudad sobre la cual se había enseñoreado por tanto tiempo; perder los ricos tesoros que habían adquirido él y sus compañeros; privarse de los únicos medios en que cifraba su esperanza de alcanzar el favor del soberano y el perdón de los desafueros que habían cometido. El conocía que recabarlos dependía enteramente del éxito de la empresa. Huir era inhabilitarse por siempre para continuar la conquista. ¡Y qué término tan triste hubiera sido este, de una carrera tan gloriosamente comenzada! ¡Qué contraste con sus jactanciosas vanaglorias! ¡Qué triunfo para sus enemigos! ¡El gobernador de Cuba iba á quedar ampliamente vengado!

Pero este cúmulo de tristes reflexiones, no era

tan aflictivo como pensar en permanecer en aquella desesperada situacion. El número de sus soldados cada dia disminuia; sus víveres escaseaban al punto de no dar á cada soldado para recuperarse de sus fatigas, mas que una racion diaria de pan;<sup>1</sup> cada dia abrian nuevas brechas á las endeblas fortificaciones; finalmente, las municiones casi se habian acabado, por manera que solo hombres de una alma y de una constitucion de fierro como eran los españoles, pudieron permanecer allí por mas tiempo, y solo ellos pudieron defender la plaza durante uno tan considerable contra tan fuertes enemigos. La principal dificultad consistia en elegir el momento y la manera de evacuar la ciudad. El mejor camino parecia ser el de Tlacopan, [Tacuba], porque aquella calzada, que era el punto mas peligroso del camino, solamente tenia dos millas de largo; y así los fugitivos podian cuanto antes llegar á tierra firme. Pero antes de salir definitivamente, determinó el general hacer una excursion en esa direccion; tanto para reconocer el terreno, como para distraer la atencion del enemigo y ocultar el verdadero plan de operaciones, por medio de aquellas maniobras ofensivas.

<sup>1</sup> "La hambre era tanta que á los indios no se daba mas de una tortilla de racion, y á los castellanos cincuenta granos de maíz." Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 10, cap. 9.

Emplearon algunos dias en construir unas máquinas de guerra, de la invencion de Cortés. Llamábanlas *mantas*, y estaban construidas sobre principios análogos á los de los manteletes usados en la edad media; sin embargo de que eran aun mas complicadas que aquellos, pues consistian en una torre de ligeros pedazos de madera, con dos pisos. Iban llenas de mosqueteros y en sus caras laterales tenian troneras por las que se podia hacer sobre el enemigo un vivo fuego. La gran ventaja que traian las máquinas era guarecer á los soldados de la lluvia de proyectiles que les echaban desde las azoteas. Eran aquellas en número de tres, estaban armadas de rodillos, y eran arrastradas por medio de cables por los aliados tlaxcaltecas.<sup>1</sup>

Los mexicanos al ver con asombro aquella ma-

<sup>1</sup> Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 135. Gomara, cap. 105.

"El Dr. Bird en su pintoresco romance titulado: "Calavar," ha hecho de estas "mantas" un uso tal vez mayor del que se ha permitido al historiador. Reclama los privilegios de novelista, y debemos confesar que no abusó de ellos, pues muestra haber estudiado con sumo detenimiento las costumbres, y usos militares de los naturales. Ha hecho con respecto á estos, lo mismo que Cooper con respecto á los indios del Norte; ha engalanado sus toscos rasgos con los brillantes colores de la fantasia poética. Igualmente feliz ha sido en la descripcion pintoresca de los paisajes; y no nos causa sorpresa que no lo haya sido tanto en imitar el idioma de los antiguos caballeros españoles, pues nada es mas difícil que ejecutar hábilmente la moderna antigüedad. Se necesitaba todo el génio de W. Scott para hacerla tan perfecta que nadie pueda descubrir que es imitacion.

quinaria de guerra, aquellas fortalezas cuyos costados despedían humo y fuego, y contra cuyos defensores ocultos eran inútiles las saetas, huyeron des-pavoridos. Acercando las mantas á las casas conseguían los blancos hostilizar eficazmente á los indios de las azoteas, y cuando esto no bastaba, echaban un puente levadizo desde la parte superior de la *manta* hasta la azotea, pasaban por él y brazo á brazo combatían con los defensores de las casas. Sin embargo, no podían acercarse á los edificios elevados desde donde arrojaban los indios tantas y tan pesadas piedras y vigas, que sumían las tablas que formaban el techo de las máquinas, ó sacudían fuertemente sus paredes laterales y amenazaban aplastar á los que iban dentro. Además, la máquina fué inútil luego que encontraron con un canal que estorbó llevarla adelante.

Los españoles vieron que la amenaza de sus enemigos era cierta: que habían levantado los puentes, y si bien es cierto que los canales no eran muy anchos ni muy profundos, lo eran bastante para estorbar los movimientos de las pesadas máquinas del general y de su *caballería*. Resolvió, pues, aquel abandonar sus *mantas* y dió orden de llenar el canal con piedras, *palos* y otros escombros de los edificios aruinados, y abrir al ejército un paso. Mientras se practicaba esta maniobra, los archeros y los honderos aztecas hicieron una furiosa descarga so-

bre los españoles que estaban casi indefensos á causa de sus ocupaciones. Luego que estuvo concluido el puente y que tuvieron los blancos un paso seguro, cargaron con furor sobre los enemigos, los que no pudieron resistir el choque de aquella columna de acero, huyeron con precipitación hasta otro canal que ofrecía para la defensa una posición igualmente fuerte que la de donde acababan de rechazarlos. †

La calzada de Tlacopan estaba cortada á lo menos por siete canales, <sup>2</sup> en cada uno de los cuales se repetía la misma escena: hacían alto los mexicanos valientemente y ocasionaban alguna pérdida á sus obstinados enemigos. En estas maniobras se pasaron dos días, al cabo de los cuales cupo al general la gran satisfacción de ver su línea completamente establecida, y todos los puentes guardados por destacamentos de infantería española. Estando ya para llegar al fin de la calzada, mas allá de la cual había arrojado á los enemigos, tuvo noticia de que estos escarmentados por los duros reveses que habían pa-

1 Carta del ejército, MS. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 140. Gomara, Crónica, cap. 109.

2 Clavijero se ha equivocado al llamar á esta calle la calle de Izpápan. (Stor del Messico, tom. III, pág. 129.) No era la calle por donde entraron los españoles, sino aquella por donde salieron cuando dejaron definitivamente la ciudad, la que Lorenzana indica exactamente con el nombre de calle de "Tlacopan," cuyo nombre adulteraron los españoles convirtiéndolo en "Tacuba." Véase antes la pág. 95 nota.

decido, deseaban entrar en negociaciones, á cuyo fin le esperaban en la fortaleza de los generales mexicanos. Lleno de complacencia por semejante nueva, se volvió al instante á sus antiguos cuarteles acompañado de Sandoval, Alvarado y cosa de sesenta ginetes.

Los mexicanos propusieron que soltase á los dos sacerdotes que habia hecho prisioneros en el templo, para que sirviesen de mensajeros y de agentes de comunicacion. En consecuencia de esto fueron despachados al campo mexicano con las instrucciones correspondientes; pero ya no volvieron, porque todo aquello no habia sido mas que una artimaña de que se habian valido los aztecas para conseguir la libertad de sus dos sumos sacerdotes ó *teoteuctli*, cuya presencia era indispensable en la próxima ceremonia de la coronacion.

Cortés, en expectativa de que se verificase un pronto arreglo, hizo que sus oficiales se recobrasen de las fatigas de la jornada; pero supo que los enemigos habian tomado nuevamente las armas y que peleaban con mas furor que nunca: que habian replegado á tres de los destacamentos que mandaba Alvarado y que se ocupaban activamente en destruir los puentes que estos custodiaban. Corrido de vergüenza por la infantil credulidad con que, dando oídos á sus lisonjeras esperanzas, se habia dejado engañar por un astuto enemigo, montó al instante

y seguido de sus bravos compañeros se dirigió á todo escape al teatro del combate. Los indios cedieron al ímpetu de los blancos; los puentes fueron reedificados, y Cortés y su caballería recorrieron toda la calzada, dispersando con la punta de sus lanzas á los enemigos como á espantados ciervos. Pero antes de concluir esta maniobra tuvo el disgusto [de ver que su infatigable enemigo habia vuelto á la carga viniendo por las calles y encrucijadas y que agobiaba á la infantería que estenuada por el cansancio, ya no podia mantener su posicion en uno de los puentes principales. Una inmensa multitud acudia por todas partes y urgia á los blancos con descargas de piedras, dardos y saetas que rebotaban como granizada sobre las armaduras de fierro de los ginetes y las de los bardados caballos. La mayor parte de los proyectiles rechazaban en las armaduras de acero ó quedaba enbotada en la gruesa cota de algodón; pero algunos de ellos iban tan perfectamente dirigidos, que penetraban por las junturas y dejaban tendidos en el suelo á los ginetes.

La confusion crecia de punto cerca del puente roto. Algunos soldados habian caido dentro del canal, y sus caballos andaban sueltos vagando de acá para acullá. En tal aprieto, Cortés hizo mas que ninguno otro por cubrir la retirada á sus compañeros. Mientras reparaba el puente, rompió intrépidamente por entre las filas de los bárbaros derriband

un enemigo á cada salto de su caballo, defendiendo á sus soldados y esparciendo el terror entre los indios con solo el bien conocido grito de guerra que acostumbraba. Jamas se ha visto mayor ardimiento ni intrepidez, dice un antiguo historiador, que el que mostró Cortés en aquel dia en que se hizo émulo del romano Cocles. <sup>1</sup> Quedóse conteniendo á los enemigos hasta que hubo pasado el puente aun el último soldado; despues de lo cual, para ponerse en salvo tuvo que dar en medio de los proyectiles de los indios, un salto de cerca de seis piés, pues se habian hundido algunas de las tablas de que estaba hecho el puente. <sup>2</sup> Difundióse entre el ejército la

1 Oviedo es quien compara á Cortés con aquel guerrero romano del cual ha dicho Macaulay en su picante leyenda:

que con tanto valor defendió el puente  
en los tiempos de antaño.

"Muy digno es Cortés que se compare este fecho suyo de esta jornada al de Oracio Cocles que se tocó de suso, porque con su esfuerzo é lanza sola, dió tambien lugar que los caballos pudieran pasar é hizo desembarazar la puente é pasó á pesar de los enemigos, aun con harto trabajo." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10.

2 Guapo salto para un ginete y un caballo cubiertos de pesado acero; pero el hecho no solo lo cuenta Cortés al Emperador en su Relacion, (Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 142) sino que lo confirma plenamente Oviedo, el cual lo supo de boca de varios de los que se hallaron presentes. "Y segun lo que yo he entendido de algunos de los que pretentes se hallaron, demás de la resistencia de aquellos, habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo sin le faltar muchas pedradas de diversas partes, é manos, é por ir él y su caballo bien armados no les hicieron; pero no dejó de quedar atormentado de los golpes que le dieron." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

noticia de que habia sido muerto Cortés, y de allí se propagó á la ciudad con gran placer de los mexicanos, y despues á la fortaleza con terrible consternacion para los sitiados. Pero afortunadamente esto era falso, porque aunque recibió dos fuertes contusiones en una rodilla, en lo demas salió ileso. Sin embargo, jamas habia estado en igual peligro, por manera que justamente se tuvo su salvacion y la de sus compañeros por un verdadero milagro. Mas de un grave historiador lo atribuye al auxilio del Apóstol Santiago, patron de los blancos, á quien en aquellos combates desesperados se le veia siempre pelear sobre un caballo blanquísimo, desnuda su reluciente espada y acompañado de una señora vestida igualmente de blanco (que se supone que seria la Virgen) y que arrojaba polvo á los ojos de los infieles. Este hecho está atestiguado por españoles y mexicanos (aunque por estos, despues de convertidos al cristianismo.) Ciertamente jamas fué mas necesaria que entonces la ayuda del santo patrono. <sup>1</sup>

1 En verdad que "dignus vindice nodus." La intervencion de la caballería celestial en aquellos lances, está testificada por muchas autoridades de peso. Es interesante estudiar la lucha de ideas que pasaba en la cabeza de Oviedo, el cual se veia urgido entre las ideas dictadas por una razon sana é ilustrada, y las dictadas por la ciega supersticion de su época. En el siglo XVI era un combate muy desigual en el que las últimas debian prevalecer. Es tan característico de la época el pasaje de Oviedo, que lo copiaré literalmente. "Afirman que se vido al Apóstol Santiago á caballo,

La llegada de la noche dispersó los tercios aztecas que se alejaron del campo como aves de mal agüero, y dejó en poder de los blancos el disputado paso. Volviéronse éstos sin embargo á sus cuarteles, no con el aire de vencedores, sino con paso lento y ademan abatido, con sus armas descompuestas y sus armaduras estropeadas, y desfalleciendo de hemorragia, de hambre y de fatiga. A esto debía añadirse al llegar á la ciudadela, la funesta nueva de la muerte de Moteuczoma.<sup>1</sup>

El monarca indio había ido empeorando cada dia mas y mas desde que recibió la herida, sin embargo

peleando sobre un caballo blanco en favor de los cristianos; é decían los indios que el caballo con los piés é manos é con la boca mataba muchos dellos, de forma que en poco discurso de tiempo, no pareció indio é reposaron los cristianos lo restante de aquel dia. Ya sé que los incrédulos ó poco devotos dirán que mi ocupacion en esto destes milagros, pues no los vi, es superflua ó perder tiempo novelando, é yo respondo que esto á mas se puede creer; pues que los gentiles é sin fé é idólatras escriben que ovo grandes misterios é milagros en sus tiempos; é aquellos sabemos que eran causados é fechos por el Diablo, pues mas fácil cosa es é Dios é la inmaculada Virgén Señora Nuestra, é al glorioso Apóstol Saantiago, é á los santos é amigos de Jesueristo hacer esos milagros que de suso están dichos é otros mayores." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

<sup>1</sup> "Multi restiterunt lapidibus et jaculis erufossi fuit et Cortecius graviter percussus, pauci evaserunt incolumes et hi adeo languidi ut neque lacertoo erigere nequent. Postquam vero se in arcem receperunt non commode satis conditas dapes quibus reficerentur invenorunt, nec forti asperimilicium panis bucellas aut aquam patabilem, de vino aut carnibus sublata erat cura." (Mártir, de Orb. Novo., dec. 5, cap. 6). Véase tambien la descripción de este reñido combate, en: Oviedo, Hist. de las Ind., MS. Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS., Part. I, cap. 26. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, caps. 9, 10. Gomara, Crónica, cap. 10.7

de que la angustia de su ánimo le había causado mas estrago que la herida misma. Continuó en el triste estado de insensibilidad que antes hemos descrito; no comunicaba con nadie; era inaccesible á todos los consuelos y se rehusaba á tomar ni alimentos ni medicinas. Viendo que se acercaba el fin del monarca, algunos caballeros que le acompañaban y le profesaban algun afecto, trataron de salvar la alma del moribundo del triste destino que está reservado á los que mueren en las tinieblas de la incredulidad. Por consecuencia, se le presentaron presididos por el padre Olmedo y le suplicaron que abriese los ojos á la luz de la fé, abnegase sus antiguas creencias y consintiese en ser bautizado. Pero Moteuczoma, á pesar de que le sugerian lo contrario, jamás faltó á la fé que había heredado de sus abuelos, y no se le puede tener por apóstata; nombre que merece en la acepcion mas odiosa de la palabra quien quiera que, ya siendo cristiano, ya pagano, renuncia á su religion sin estar convencido de que es falsa.<sup>1</sup> Lejos de esto, la excesiva fé en sus oráculos le había hecho fiarse incautamente de los

<sup>1</sup> Este pensamiento está espresado con singular energía en los siguientes versos de Voltaire:

Mais renoncer aux Dieux que l'on croit dans son erreur,  
C'est le crime d'un lâche, et non pas une coeur;  
C'est trahir á le fois sous un masque hypoerite,  
Et le dieu qu'en préfere, et le dieu que l'on quitte:

Alzire, Act. 5, sc. 5.